

Contenidos

Boletín Museo del Oro

Carátula - Créditos- Noticias
[1-5]

Michel Perrin
Los caminos de la creación en el arte de las molas cunas.
[6-20]

Anne Legast
La figura serpentiforme en la iconografía muisca.
[21-39]

Fernando Urbina, Blanca de Corredor, María Cecilia López y Tomás Román
La metamorfosis de Yida Buinaima. Versiones de los uitotos y muinanes sobre el origen mítico y la hechura del maguaré.
[40-76]

William Torres C.
Liana del ver, cordón del universo: el yagé.
[77-91]



La figura serpentiforme en la iconografía muisca

Anne Legast

Abstract:

Snakes and serpents are important motives in the iconographies of the Muisca and Tairona, two pre-Columbian societies, which belonged to the Chibcha linguistic family. Nevertheless, the design and probably its symbolism as well, are different in each case. As a proposal for interpretation we intend to analyse the serpentiform figure in Muisca metalwork and pottery, both in the iconography and, as far as possible, in the mythology. The comparison with the Tairona case and the Amazonian myths allow us to recognise in a better way the characteristics of snakes in Muisca society.

Resumen:

Los motivos de serpientes o culebras son frecuentes e importantes en la iconografía de los tairona y los muisca, dos sociedades precolombinas colombianas pertenecientes a la familia lingüística chibcha; sin embargo, el diseño y probablemente su simbolismo toman en cada caso caminos divergentes. Como una propuesta de interpretación, se analiza la figura serpentiforme en la orfebrería y cerámica muisca, tanto en la iconografía como, en la medida de lo posible, en la mitología. La comparación y contraste con el caso tairona, así como la yuxtaposición con mitos amazónicos, permiten resaltar mejor las características del ofidio en la sociedad muisca.

El hecho de que dos sociedades indígenas hayan pertenecido a un mismo grupo lingüístico puede haber favorecido similitudes o direcciones paralelas en el desarrollo de sus expresiones culturales, tales como la iconografía. Este supuesto puede explicar algunas semejanzas en los motivos de la orfebrería tairona y muisca, grupos ambos de lengua chibcha, como el ave en vuelo, la importancia de las ranas y de los caracoles marinos, entre otros. Pero algunas diferencias llaman la atención e indican tal vez que ciertas circunstancias –como pueden ser las interacciones con ambientes distintos y con grupos vecinos– llegan a moldear a través del tiempo nuevas facetas en la historia de una sociedad, en sus costumbres, sus creencias y su simbología.



El motivo relacionado con la serpiente o la culebra es frecuente e importante tanto en la iconografía tairona como en la muisca; sin embargo, su diseño y probablemente su significado simbólico toman en cada caso caminos divergentes. Siendo la figura serpentiforme relevante en la orfebrería y cerámica muisca y a la vez esencial en la mitología de este grupo por estar relacionada con el principio de la humanización, nos proponemos analizar su imagen en la iconografía y en la medida de lo posible su significado en la mitología. La comparación con el papel de la serpiente en el mundo tairona permitirá resaltar mejor las características del ofidio en la sociedad muisca. Es necesario abordar este análisis de la culebra muisca y su posible significado como una propuesta de interpretación, pues hay diversos limitantes para leer y captar todo el mensaje simbólico que acompaña a las figuras precolombinas: la estilización de las mismas, las variaciones que aportaron los españoles al transcribir la mitología en el contexto del siglo XVI y, sobre todo, la visión restringida que tenemos todavía del complejo mundo indígena.

Como lo escribió Ann Osborn en sus estudios sobre la mitología y la estructura social entre los uwa, grupo chibcha que vive actualmente en las laderas orientales de la Cordillera Oriental de los Andes colombianos:

«...Cuando se estudia cualquier mitología, no sólo la de los Uwa, es muy importante no tomar los mitos en forma aislada. Es necesario elucidar y mostrar las relaciones de unos mitos con otros y de éstos con sus prácticas y actividades, así como su ubicación en el tiempo histórico y cronológico de la sociedad y en el marco geográfico de su territorio. El significado de los mitos puede ser plenamente comprendido sólo en el marco de estas relaciones y mediante su contextualización con referencia al entorno» (Osborn, 1995:14).

En lo que concierne a los muisca, a pesar de haber sido uno de los grupos más estudiados y de que varias de sus costumbres y creencias fueron descritas por cronistas después de la llegada



Figura 1:
Remate de orejera
tubular tairona. MO
O25147. Largo: 4.5 cm.

de los españoles, muchos interrogantes sobre diversos aspectos quedan todavía por dilucidar; se espera con el estudio de la iconografía animal aportar elementos nuevos al entendimiento de su cosmovisión y posibles relaciones con grupos vecinos.

Características de la serpiente representada en la iconografía tairona

En el material arqueológico tairona, principalmente en la orfebrería y cerámica, las características relevantes de la serpiente pueden resumirse de la siguiente manera:

- La figura de la serpiente es más común en la orfebrería que en la cerámica.
- En el caso de los objetos de oro, generalmente es representada solamente la cabeza de la serpiente. Se reconocen una lengua bífida y una cresta similar a la que adorna la cabeza de aves en vuelo, como algunos cóndores(Legast, 1987, Fig. 26, 27). Se destaca siempre una dentadura fuerte con colmillos en muchos casos y el hocico terminado en una nariz levantada o respingada (Fig. 1). El análisis de una figura de serpiente moldeada en cerámica pone en evidencia unas características parecidas a las de la talla X del género *Bothrops*, tales como la forma de la cabeza y de la nariz y las manchas triangulares oscuras dispuestas a cada lado del espinazo formando diseños semejantes a una X (Fig. 2).
- En las figuras elaboradas en oro, ciertos animales míticos son el resultado de la asociación de un cuerpo de felino con la cabeza de serpiente colocada en la extremidad anterior o posterior del cuadrúpedo (Fig. 3). En algunas figuras la posición del cuadrúpedo sentado recuerda la de los anfibios, ranas y sapos.
- La cabeza de serpiente de lengua bífida se integra también a una figura o símbolo claramente masculino en el mundo tairona: el caracol.
- Cuando la serpiente de doble cabeza se incorpora a una figura antropozoomorfa, se asocia con el personaje masculino del hombre murciélago y su cabeza decora las dos extremidades del bastón que el hombre murciélago agarra en sus manos (Fig. 4).



Figura 2: Recipiente de cerámica tairona. MO C02294. Alto: 9,5 cm.



Figura 3:
Separador de
vueltas de collar
tairona. MO
O12565. Largo:
3.9 cm.

- El símbolo de la serpiente de lengua bífida embellece varios adornos de oro como remates de orejeras tubulares, orejeras semilunares, narigueras, tembetas (adornos sublabiales), colgantes, separadores de vueltas de collar, etc.

- En las figuras de cerámica, la serpiente de cuerpo entero adopta la forma globular de ciertos recipientes. Una ocarina en forma de ave en vuelo con cabeza de serpiente ilustra de nuevo la relación entre estos dos animales antagonistas.

En síntesis, en la iconografía tairona la serpiente es posiblemente la representación de una serpiente venenosa que se mezcla en algunas piezas con el caracol, pero sobre todo con el felino y con el hombre murciélago, animales estos asociados con conceptos masculinos en el espíritu de los actuales kogui.

La serpiente en la mitología kogui

No conocemos con exactitud el significado simbólico de estos reptiles para los antiguos autores de este material, pero en la mitología de los kogui, descendientes actuales de algunos grupos que formaron esta sociedad llamada hoy tairona, la culebra o serpiente hace parte de los animales esenciales que participaron en la creación del mundo:

«Hay tres animales en el mundo kogui que ocupan profundamente su imaginación: el jaguar, el sapo y la culebra. Son animales que para ellos simbolizan factores y conflictos básicos y que así dominan la mente de cada individuo, no importa su edad, su sexo, su status o función...»
(Reichel Dolmatoff, 1985, T.I: 245)

«El tercer animal de este ciclo es la culebra. Ella es el símbolo del lado se del mundo, símbolo fálico y símbolo de la muerte. Las culebras no se deben matar, no se pueden matar porque son animales inmortales que sólo cambian su piel y se rejuvenecen de nuevo... En otro mito una mujer cohabita con una culebra y luego da luz a innumerables serpientes...»
(Reichel Dolmatoff, 1985, T.I: 248)

Para eliminarlas, un mama o sacerdote y otro hombre aprovecharon de la noche y del sueño de todas las culebras para incendiar la casa donde se encuentran, "...pero como una culebra se huyó, ha quedado siempre para hacer daño a los indios. Si mama Juídeji no hubiera quemado las culebras, no hubiera ahora paso en el monte y hubiera tantas culebras como bejucos» (Reichel Dolmatoff, 1985, T.II: 57).

«Se dice que en el mar las hay enormes como también en todas las lagunas de los páramos y en muchos pequeños lagos o pozos de agua. Como constelación en el cielo, la Culebra (escorpión) está opuesta al Tigre y ella es el animal del Oeste, de la noche y de la muerte. El *sewá* de culebra es una flecha diminuta, otro símbolo fálico de los kogui, pero al mismo tiempo un símbolo de la muerte...»
(Reichel Dolmatoff, 1985, T.I: 248)

A través de estos extractos resalta en el espíritu de los kogui la connotación masculina de la culebra, su relación con el mal o «el daño que puede hacer a los indios» y con la muerte. En cambio, en el tiempo ancestral y mítico de la creación, la culebra se relaciona con seres femeninos pero ambiguos: después de haber botado a su primera mujer (el sapo), el sol se casó con la culebra pero tampoco le sirvió. En otros cuentos, se explica cómo antes de que brillara el sol las culebras nacieron de la primera hija de la Madre:

«Cuando nacieron así todos los Padres del Mundo, nació como última una mujer. Se llamaba *Se-káiji*. Era la primera mujer del mundo. Ella se hacía la cosa y parió una hija que se llamaba *Nabobá*. Ella era muy mala. Cuando había crecido ella estuvo gorda y parió culebras y gusanos que se volvieron lagunas. *Nabobá* es la Madre de las lagunas del Páramo». Más adelante en la creación, «como todavía no había agua dulce en la tierra, la Madre mandó bajar a *Satuvíá*. *Satuvíá* hizo las lagunas en el Páramo y de las lagunas hizo nacer ríos que bajaban al mar. Así había agua para beber... Entonces vino *Auitsáma*, la Madre de las Culebras. Ella vivía en el Monte y se iba a todas las lagunas y allá dejaba culebras que nacían de su cuerpo. Así nacieron diez y ocho clases de culebras. Pero un Mâma recogió las culebras y las puso en una olla grande y la puso en el fogón para matarlas. Todas murieron, pero cuatro culebras se fueron y de ellas vienen todas las culebras que hay. Por eso hay cuatro Padres de las Culebras...»
(Reichel Dolmatoff, 1985, T.II: 22 y 24).

A pesar de su connotación negativa por ser un animal que hay que destruir desde el principio de su existencia, la culebra en el tiempo ancestral de los kogui aporta algo necesario para la vida del hombre que es el agua dulce, el agua de las lagunas y de los ríos.

En cambio, en las figuras de orfebrería tairona se destacan sobre todo los rasgos agresivos de la cabeza de serpiente de lengua bífida y su asociación con el caracol, el felino y el hombre murciélago, otros animales masculinos (Reichel Dolmatoff, 1985: 243-249) lo que corresponde más al significado que tiene la serpiente hoy en el mundo kogui que al papel que tenía en el mundo original con la creación del agua.

Características de la figura serpentiforme en la iconografía muisca

El grupo muisca ocupó el altiplano cundiboyacense pero su territorio se extendía también a tierras de menor altitud como el Valle de Tenza entre otros, donde un clima más caliente era propicio

Figura 4: Pectoral tairona en tumbaga dorada. MO O24269. Alto: 11.9 cm.





Figura 5: Pieza votiva muisca.
MO O23618.
Largo: 12 cm.

para el desarrollo de un bosque tropical húmedo y de una fauna variada, lo que enriquecía la cantidad de especies animales que podía inspirar al artista muisca. Sin embargo, la diversidad animal no se refleja en la iconografía de esta cultura. Algunos motivos zoomorfos se observan de manera repetitiva y la estilización que los caracteriza no ayuda a la identificación de las especies representadas, poniendo más bien en evidencia el valor del mensaje simbólico que acompaña la figura.

En la iconografía de los dos grupos tairona y muisca, emparentados lingüísticamente, observamos semejanzas pero hay también características propias a los símbolos muisca que sugieren ciertas diferencias en el pensamiento mítico. Es el caso de la figura serpentiforme, que muestra en la orfebrería y en la cerámica muisca rasgos distintos a los que se pueden observar en la iconografía tairona.

El estudio de las figuras serpentiformes muisca no ha desembocado todavía en ninguna identificación taxonómica puesto que son muy estilizadas y que varias figuras en oro presentan apéndices que no son diagnósticos de ninguna especie de ofidios. Para el análisis de estas figuras se propone separarlas en distintos grupos, ya que existe cierta variedad en su representación.

En las figuras de oro, observamos:

- Figuras serpentiformes sencillas representadas de cuerpo entero. Ningún rasgo permite identificar la familia o el género representado, tampoco podemos determinar si se trata de animales acuáticos o terrestres. En estas figuras estilizadas resaltan el movimiento ondulado del cuerpo, una cabeza plana y unos ojos colocados en la parte superior de la cabeza. Carecen de lengua bífida y de los colmillos propios de las especies venenosas, lo que pudo ser intencional de parte del orfebre para representar culebras inofensivas (Fig. 5). En el altiplano cundiboyacense, las especies de ofidios no son variadas y sólo se desarrollan especies no venenosas de la familia *Culebridae* del género *Atractus* (Dullman, 1979: 455). Para los muisca, quienes habitaban las tierras altas, el contacto con los ofidios no implicaba peligro.

- Otras figuras serpentiformes tienen barbas o bigotes además de otros apéndices detrás de la cabeza (¿aletas u orejas? Fig. 6), rasgos éstos que no son diagnósticos de ningún ofidio sino de otras clases de animales, y que pueden prestarse para varias interpretaciones. En su libro *Orfebrería y chamanismo*, Reichel Dolmatoff (1988, Fig. 81) ve en esta figura una culebra con cabeza humana. Pero se puede proponer otras interpretaciones considerando sobre todo que las barbas o bigotes no son rasgos que caractericen al rostro humano en las figuras precolombinas. Del



Figura 6: Pieza votiva. MO
O06086. Largo: 2.4 cm.



Figura 7: Pez capitán, especie endémica de la Sabana de Bogotá, *Eremophilus mutisii* (Tomada de Burgess 1989: 636).

mundo acuático existen especies de peces endémicos de la Sabana de Bogotá, llamados comúnmente capitanes, como el *Eremophilus mutisii*, cuyas barbas y aletas pueden ser los rasgos representados en estas figuras (Fig. 7).

Es bueno recordar que en ríos de tierras menos frías existen peces serpentiformes o anguilas; la especie *Synbranchus marmoratus*, por ejemplo, puede alcanzar un metro de longitud y se encuentra hasta los 1.000 metros de altura. En el caso de asociar estas figuras serpentiformes de bigotes con peces, la culebra muisca de oro se vincularía con el mundo acuático. En cambio, si se interpreta los apéndices detrás de la cabeza como representación de unas orejas, estas figuras pueden representar animales que combinan rasgos de serpiente y de mamífero.

- Esta última versión puede ser reforzada por otro grupo de piezas con cabeza provista de orejas y a veces de bigotes, en las cuales el cuerpo serpentiforme tiene cuatro patas (Figs. 8, 9, 10). Algunos de estos animales (Fig. 9) recuerdan figuras bastante comunes en la orfebrería muisca que fueron asociadas con los pequeños carnívoros muy ágiles y astutos llamados comadreas de la familia *Mustelidae* por la forma alargada de su cuerpo, de la cola recta y los bigotes largos. Otras (Fig. 10) tienen una cabeza más parecida a la de un felino (sin bigotes) pero el cuerpo es claramente serpentiforme.

Esta asociación de figura serpentiforme y mamífero evoca tal vez el animal mítico «felino -serpiente» de la iconografía tairona. Si consideramos factible esta comparación, podemos entonces pensar que un animal mítico ancestral «carnívoro-serpiente» común a los dos grupos chibcha está en el origen de estos motivos, pero que en cada caso evolucionó de manera distinta: el orfebre tairona realizaba más el carácter agresivo de la figura, como los colmillos, mientras que en la orfebrería muisca llama la atención la persistencia en los cuerpos alargados o serpentiformes donde es notoria la agilidad o la elasticidad del animal, así como el movimiento ondulatorio que parece conllevar un significado particular sobre el cual se intentará indagar más adelante.

Es de notar también que la serpiente de lengua bífida que acompañaba al hombre murciélago tairona en la prolongación de los brazos o en las extremidades del bastón que lleva el personaje en sus manos (Fig. 4) desaparece en la orfebrería muisca o más bien ha sido sustituida en las figuras del hombre ave por las aves de cresta, probablemente pavas de la familia *Cracidae* (Fig. 11).

El uso de las piezas de orfebrería con figuras serpentiformes diferencia también a los tairona y los muisca puesto que entre los primeros son principalmente motivos de adorno mientras que entre los segundos son piezas con fines votivos.



Figura 8: Pieza votiva. MO O23624. Largo: 17,3 cm.



Figura 9: Pieza votiva. MO O32883. Largo: 7,7 cm.



Figura 10: Pieza votiva. MO O33055. Largo: 4,5 cm.

En la cerámica muisca el motivo de la culebra decora principalmente los bordes de las copas; su estilización no permite identificarlas, al igual que en la orfebrería, pero también se observa cierta variedad en su representación (Fig. 12). Dos cuerpos ondulados están generalmente moldeados en relieve y rodean el borde exterior del recipiente, pero pueden aparecer pintados. La disposición simétrica y opuesta de las dos culebras así como de los diseños zoomorfos y geométricos que las acompañan o las complementan en el borde interior de las copas parecen ser patrones constantes en su representación.

En numerosas copas las culebras están asociadas con manchas circulares negras que simbolizan tal vez el pelaje del felino o jaguar, como se observa en algunas copas decoradas con este carnívoro. Esta combinación «figura serpentiforme y manchas negras» podría

ser en la cerámica la expresión de la asociación de la culebra con el felino.

Dentro de los motivos zoomorfos pintados en el interior de las copas son frecuentes las figuras esquematizadas por un trazo ondulado o en punta que recuerda el lomo de los pequeños mamíferos de oro analizados como *Mustelidae*. Las espirales en cada extremidad pueden simbolizar la cabeza o la cola, y las patas aparecen esbozadas. Otro motivo zoomorfo menos frecuente en los bordes interiores de las copas es el «motivo alado negro» analizado como aves en vuelo probablemente de la familia *Cathartidae* (gallinazos y cóndores).

Podemos resumir las características de la figura serpentiforme en la cerámica muisca, al igual que en la orfebrería, indicando que los ofidios no presentan ningún rasgo agresivo que permita asociarlos con especies venenosas; en cambio, el alfarero no ha descuidado el movimiento ondulado del animal.

Interpretación mitológica de la figura serpentiforme muisca

El contenido simbólico de todos estos motivos y las posibles asociaciones entre algunos de ellos no es comprensible solamente a través de la iconografía. Es conveniente recurrir a las costumbres religiosas, ritos y mitos que fueron parcialmente recopilados por los cronistas.

En lo que concierne a la hipotética identificación de ciertas figuras serpentiformes con peces de agua dulce, o con ofidios acuáticos, es necesario recordar que en el paisaje del altiplano habitado

por los muisca se extendían varias lagunas y corrían muchos ríos de aguas claras ricos en varias especies de peces.

En la mitología muisca, la culebra, frecuentemente llamada «la gran culebra», es claramente un concepto femenino asociado con las lagunas: la divinidad Bachué y su hijo-esposo salieron de la laguna de Iguaque para ir a poblar prolíficamente la tierra, después de lo cual

«...los dos ya muy viejos, se volvieron al mismo pueblo... y Bachué... se despidió de ellos con singulares clamores y llantos de ambas partes, convirtiéndose ella y su marido en dos muy grandes culebras se metieron por las aguas de la laguna... Siguieron de este engaño otros muchos, y no fue el menor persuadirles el demonio, fundándolos en esto, a que le hicieran sacrificios en las aguas... Pues no había arroyo, laguna ni río en que no tuviesen particulares ofrecimientos... Ofrecían entre las peñas del río pedazos de oro, cuentas y otras cosas, para tener mejor suerte en las pesquerías».

(Simón, 1981. T.III: 368-369).



Figura 11:
Pectoral
acorazonado.
MO O10090.
Alto: 14.9 cm.

De las aguas salió la primera mujer encargada de reproducir la especie humana y a ellas regresa en forma de culebra, junto con su esposo. A ella, la mujer-culebra, quien habita la laguna y se asocia con el agua, se le ofrenda para que los peces que viven con ella sean abundantes, lo que explica por qué las lagunas, ríos y arroyos son lugares sagrados en la mente muisca.

En otra narración reportada por Simón (1981, T.III: 398) se reitera la unión de la gran culebra con la mujer o con sus facetas relacionadas con el sexo y la infidelidad: para castigar a un antiguo bogotae llamado Meicuchuca, infiel a su esposa, el jeque transforma a la amante en una gran culebra. Una noche, la mujer principal encontró a «su marido, durmiendo y con él una gran culebra en que estaba convertida la china».

En algunas ocasiones, el cronista Simón utiliza el termino de «dragoncillo» en lugar de la «culebra grande» o pasa del uno al otro. Por ejemplo en la descripción de los sacrificios que hacían los muisca en la laguna de Guatavita o en la leyenda de la cacica de esta laguna:

«Aquí pues, como en lugar acomodado de los que el demonio pedía, se solían hacer algunos ofrecimientos con el modo que él les tenía ordenado, el cual se solía aparecer en las mismas aguas en figura de un dragoncillo o culebra grande, y en apareciendo, le habían de ofrecer algún oro o esmeraldas, para lo cual estaban con vigilancia los jeques, aguardando en unas chozuelas a la vera del agua. Duraron estos ofrecimientos que eran muy en grueso, hasta que se aumentaron después con lo que sucedió después a la mujer del cacique de Guatavita.» (Simón, 1981, T.III: 324).

Después de un terrible y humillante castigo por su infidelidad, la mujer del cacique de Guatavita y su hija se arrojaron a la laguna y se hundieron en ella. Al tratar de rescatarla, el jeque del cacique volvió con la noticia de que la cacica estaba viva y que la había encontrado en la laguna «con el dragoncillo en las faldas». En esta descripción, el «dragoncillo» adquiere tal vez características masculinas puesto que convive con la cacica; no se asociaba en la mente muisca con un concepto negativo pero inspiraba más bien mucho respeto de parte de los mortales, como se entiende cuando el cacique tuvo que devolver su hija sacada del agua a su madre, «a que acudió el cacique por entender lo ordenaba así el dragoncillo a quien él reverenciaba tanto» (Simón, 1981, T.III: 325). Sin embargo, la ambivalencia de esta figura se reafirmaba cuando «El demonio, ...se aparecía de cuando en cuando sobre las aguas de la laguna en figuras, gesto y talle de la cacica desnuda de medio para arriba y de allí para abajo ceñida de una manta de algodón colorada, y diciendo algunas cosas que habían de suceder...» (T. III: 328). Es probable que el demonio utilizado por Simón es el sinónimo del dragoncillo, el cual aparece a los humanos otra vez con la forma femenina.



Figura 12: Copa. MBP M-3980. Alto: 12.5 cm.

Este dragoncillo o animal mítico estrechamente relacionado con la cacica puede ser, quizás, el que está representado en las figuras serpentiformes con cabeza de mamíferos y cuatro patas, figura que como el «felino serpiente» tairona se asociaría con un concepto masculino, pero que en el mundo muisca está, al igual que las culebras, vinculado con el medio acuático. El movimiento ondulado, constante en todas las figuras serpentiformes muisca, puede en efecto evocar el típico modo de desplazamiento de los ofidios, pero no hay que descartar su relación con las ondas de la superficie del agua o con el trazado que se busca un curso de agua en la tierra.

En los relatos concernientes a las «grandes culebras» muisca ha sido relevante su asociación con la mujer, con el agua y con el origen del hombre en la tierra, conceptos éstos que se alejan de los de los kogui para quienes la humanidad no se asocia con las culebras a pesar de que «se volvieron lagunas».

El símbolo de la culebra en la mitología de otros grupos

En el deseo de seguirle la huella a símbolos y mitos, es muy tentador —a modo de propuesta— buscar relaciones y asociaciones en el mundo simbólico y religioso de otros grupos indígenas. La iconografía animal representada en la cultura material puede, en efecto, ser el reflejo de una interacción entre el grupo humano que lo elaboró y especies animales que convivían con él en el mismo medio ambiente; pero algunas características de este arte pueden también traducir aportes o contactos con otros medios ecológicos o pueblos que los ocupaban.

En la figura serpentiforme muisca, la ausencia de los rasgos agresivos reconocidos en la serpiente tairona corresponde probablemente a la relación carente de peligro que podía existir entre los ocupantes del altiplano cundiboyacense y las pequeñas especies terrestres de culebras no venenosas del género *Atractus*, pero tanto en la orfebrería como en la mitología muisca sobresalen indicios de la relación de los ofidios con el medio acuático. En las creencias muisca relatadas por los cronistas, cuando se refieren a las lagunas y divinidades femeninas, con mucha frecuencia se nombra a la «gran culebra» la cual, en realidad, no existe en el altiplano cundiboyacense. El concepto mítico de un ofidio de gran tamaño asociado con el agua puede entonces provenir de otras tierras o grupos.

Las tierras que conocían los muisca no se limitaban solamente al territorio que ocupaban en el altiplano, puesto que en tiempos anteriores a la conquista mantenían contactos y practicaban intercambios con grupos de tierras más calientes al occidente hacia el río Magdalena y en el oriente con grupos de los Llanos, siendo el Valle de Tenza y la región de Sogamoso vías naturales hacia las extensas llanuras donde vivían grupos con otras costumbres y creencias religiosas.

En los grandes ríos que corren en estas llanuras orientales y en la zona amazónica vive una de las más grandes culebras de América, la anaconda (*Eunectes murinus*. Dunn, 1944: 183). Al observar sus rasgos morfológicos vuelven a la memoria las figuras de culebra moldeadas en los bordes de copas y decoradas con manchas redondas negras (Fig. 13) las cuales fueron en un primer intento de identificación relacionadas con el animal mítico felino-serpiente. Podemos examinar otra posible interpretación considerando que en la piel del dorso de la anaconda de color verde oliva resaltan manchas redondas oscuras parecidas a las de un felino (Fig. 14). Este miembro de la familia *Boidae* siempre ha impresionado por su gran tamaño –puede alcanzar ocho metros de longitud– y para las poblaciones indígenas actuales como los guahibos de los Llanos Orientales y los tukanos de la Amazonía esta culebra vivípara juega todavía un papel mitológico importante.

Los sikuani, indígenas guahibos anteriormente nómadas, viven en las sabanas de los Llanos Orientales desde tiempos pasados. Ortiz (1982), Queixalós (1991) y Mariño, Jiménez y Roelens (1994) han recopilado narraciones y mitos de estos pueblos. En la introducción de su *Literatura Oral Sikuani*, Francisco Ortiz (1982) nos dice que «Durante los siglos XVI y XVII los Sikuani recorrían el territorio en todas las direcciones intercambiando y comerciando los productos del llano, la selva, el Orinoco y los Andes».

Esto nos permite pensar que antes de la conquista existían relaciones entre ellos y los muisca tal vez de la misma manera que el grupo uwa actual, ubicado en el norte de Santander, ocupa tierras bajas en ciertas épocas del año y establece contactos con gentes de los llanos.

Figura 13: Copa.
MBP M-4302. Alto:
9.5 cm.



«En el pasado, los Llanos adyacentes a las tierras bajas de los Uwa eran territorio de los indígenas guahibos. Los Kubaruwa se refieren a ellos como «otra gente» que habla un idioma diferente. No mantenían con ellos una relación aprendizaje-enseñanza entre chamanes principales, como sí tenían con otra gente U'wa... Antes, los Kubaruwa obtenían de los guahibos conchas para los collares de sus mujeres y de ellos aprendieron el empleo del acero para las puntas de flechas; a cambio daban mochilas de fique... Era claro que tradicionalmente los temían y que tenían relaciones hostiles con ellos.»

Osborn, 1995: 34).

A pesar de esta posible enemistad pasada entre el grupo uwa y los guahibo, sorprenden las analogías que se pueden ver entre algunos fragmentos de la mitología de los actuales sikuaní y la de los muisca reportada por los cronistas. Para los narradores del pueblo de Tsamani o Getsemaní, en el bajo río Casanare, de donde provienen los textos recopilados por Ortiz, uno de los primeros seres míticos que aparece en la creación del mundo es la serpiente Tsavalivali:

«Esto sucedió antes, cuando por primera vez hubo gente sobre la tierra. Dios había hecho una laguna y en el centro, en el fondo de la laguna estaba la serpiente Tsavalivali, que es la abuela de todas las fieras.» (Gabriel Moreno, 1972, en Ortiz, 1982: 59).

El génesis relatado por José del Carmen (Centro Unuma Puerto Gaitán, 1988) y transcrito por Queixalós en su libro sobre la tradición oral sikuaní *Entre Cantos y Llantos* (1991) nos cuenta el origen del mundo y de la humanidad con detalles que vale la pena relevar:

«Yo sé la historia de la época en que no existía nada, ni gente ni nada, la historia del origen del mundo. No había nada de nada sobre la tierra, la tierra sin gente, lo único que existía era la tierra y tres huevos en el centro de ella. De uno de los huevos salió una mujer con un niño. La mujer era una anciana y el niño no era hijo suyo, pero ella lo crió, porque era pequeñito. Hasta que el niño estuvo grandecito la viejecita lo fue criando...».

(1991: 22-55)

Ya joven, el «niño» emprendió viaje para recorrer el mundo. Cuando regresó,

«...estaba crecido. Entonces los huevos empezaron a reventar... Del primero ... salió el agua, y se formaron el Gran Río, o sea el mar, y los ríos... Del primer huevo salieron, además del niño y la anciana, la serpiente *Tsawaliwali* y los habitantes de los ríos. Los peces, las tortugas, el caimán, la anaconda, toda clase de habitantes del agua...»

(Queixalós, 1991: 23).

A pesar de no conocer la antigüedad de estos mitos ni de poder afirmar que esta versión actual es un reflejo fiel de la versión antigua del génesis para los guahibos, quienes eran contemporáneos con los muisca, es interesante notar por una parte la relación que existe entre la primera mujer anciana y el joven y por otra, la relación de esta pareja con el medio acuático y la gran serpiente *Tsawaliwali* y los habitantes de los ríos. Hoy en día no podemos saber dónde se originó el con-

cepto de la anciana y del niño: ¿en los guahibos o en la sociedad muisca, con quienes comerciaban? Y ¿por cuál de los dos grupos fue adoptado y adaptado?

No obstante, la relación de esta pareja –la cual no aparece en la mitología kogui– con la gran culebra, no puede provenir sino de un medio donde su existencia era evidente e impactante, o sea de los grandes ríos de las llanuras calientes.

Otro paralelo en la mitología de estos dos grupos es la relación amorosa entre la gran culebra y un ser femenino humano. En los cuentos de «La Amante de *Tsawaliwali*» o de la Anaconda (Queixalos, 1991: 334-338), la «Gran Serpiente *Tsawaliwali*» embaraza a una muchacha virgen y el día que el hijo nacido de esta relación vuelve al río, en «un sitio hondísimo donde estaba la morada del padre de *Tsawaliwali*», muere la madre y el niño se lleva el espíritu de su madre.

Los autores de *El canto de los peces*, nos cuentan también que

«*Tsawaliwali* es el dueño de los seres del agua. Vive en todas las aguas profundas... Su lengua aparece en el cielo, es el arco iris... Dicen que las lagunas de color azul oscuro son sus lugares y nunca una muchacha joven puede bañarse allí porque la serpiente se la podría llevar...»
(Mariño, Jiménez y Roelens, 1994: 97).

Con estos extractos de la mitología sikuani vuelve a la memoria la suerte de la cacica de Guatavita que se quedó en el fondo de la laguna con la «gran culebra» o el «dragoncillo».

Penetrando en otro territorio de este gran ofidio, el Amazonas, vemos de nuevo que la anaconda ha impresionado la mente de los pueblos que habitan con ella las selvas tropicales.

Para los indígenas tukanos actuales, esta culebra representa un principio femenino y está directamente relacionada con el origen de la humanidad. «Ningún mito de los Desana parece referirse específicamente a la creación del hombre, y el origen de la humanidad comienza con el relato de un grupo de gentes que se embarcan en *Axpikon-diá*, en la gran «Culebra-canoa» (Reichel Dolmatoff, 1986: 81). El mito cuenta así:

«El Sol había creado la tierra, con sus animales y plantas, pero aún no había gente. Luego decidió poblar la tierra y para eso hizo un hombre de cada tribu del Vaupés... Entonces, para enviar la gente a la tierra, el Sol se sirvió de un personaje llamado *Pamuri-maxsë*. Era un hombre, un creador de gente, a quien el Sol envió a poblar la tierra. *Pamuri-maxsë* estaba en *Axpikon-diá* y allí se embarcó en una gran canoa. Era una canoa viva pues en realidad era una gran culebra que nadaba por el fondo de las aguas. Esta canoa-culebra se llamaba *Pamuri-gaxsiru* y su piel estaba pintada de amarillo y de rayas y rombos negros. En su interior, que era rojo, venía la gente. Junto con la Canoa-culebra venían los peces, pero no en el interior sino afuera, en las agallas...»
(Reichel Dolmatoff, 1986: 52)

A propósito de los criterios de clasificación animal, Reichel Dolmatoff explica por qué los peces y las culebras se relacionan entre sí para este grupo tukano:

«Peces y culebras pertenecen esencialmente a una sola gran familia y las grandes serpientes acuáticas se designan directamente como progenitores de los peces, un concepto que se refleja en el motivo mítico de la Canoa-culebra. Las tortugas terrestres y acuáticas, así como los otros reptiles –caimanes, lagartos, etc.– se clasifican junto con los peces, siendo el criterio básico su vida en o cerca del agua, así como su «olor a pescado»
(1986: 236).

Este u otro concepto clasificatorio similar pudo hacer parte de los criterios de organización de la naturaleza de los muisca y ser el motivo que incitó al orfebre del altiplano cundiboyacense a reunir en una misma figura rasgos de peces, como los bigotes del pez capitán, con la forma alargada de la culebra. Esta noción de la taxonomía puede explicarse también en el hecho de que las ofrendas que se hacían a las lagunas y ríos estaban destinadas a las divinidades dueñas de las aguas como Bachué o la cacica de Guatavita, pero simultáneamente o consecuentemente tenían que favorecer «la suerte en las pesquerías».

Conclusión

Este atrevido recorrido —a modo de ensayo— entre los símbolos serpentiformes muisca y mitologías de sociedades indígenas actuales de las llanuras y selvas orientales tiene como objetivo buscar las explicaciones a diferencias iconográficas en la representación de la culebra en dos grupos contemporáneos y emparentados lingüísticamente: los muisca y los tairona. Mientras algunos símbolos parecen haber conservado la misma fuerza en los dos grupos, otros motivos zoomorfos, en particular la serpiente, presentan características diferentes, las cuales, además de corresponder a diferencias morfológicas, muestran probablemente un cambio en el pensamiento religioso. Indagando el origen de la nueva imagen serpentiforme en los muisca, se observa una probable relación entre esta culebra no venenosa que habita el altiplano cundiboyacense y el mundo del agua, si se aceptan los bigotes como rasgos de peces, las manchas negras como características de la anaconda, y sobre todo si se toma en cuenta la asociación mítica de la gran culebra femenina con las lagunas. Este concepto de la gran serpiente acuática, por una parte femenina y asociada con la humanización, y por otra parte masculina que rapta y convive con mujeres en el fondo de las lagunas, está muy presente en la mente de grupos indígenas como los sikuni, que antiguamente habitaban en los llanos, colindando con el territorio ocupado por los muisca. La anaconda es también un ser mitológico de primera importancia en el mundo amazónico.

A través del análisis de esta figura serpentiforme y de su significado podemos reconocer la existencia, por una parte, de un concepto mítico original y ancestral común a grupos indígenas que se diferenciaban por su pertenencia lingüística, su ubicación geográfica y cronológica; por otra par-

te, la relación de la culebra con el agua, que encontramos en los muisca, en la mitología tairona y en grupos indígenas actuales de los Llanos y del Amazonas, y variaciones de este concepto inicial cuando aparece la formación del mundo del hombre.

En esta etapa de interpretación, el concepto primordial, en este caso la culebra asociada con el agua, pudo ser influenciado por características del medio y su fauna (importancia o no de las especies venenosas, por ejemplo) pero también por pensamientos religiosos de otros grupos, lo que podría explicar las diferencias en la representación iconográfica de la serpiente en los grupos tairona y muisca. Los primeros habrían dado prioridad al temor que les provocaban las serpientes venenosas *Bothrops* que los rodeaban, mientras que los otros, instalados en un medio menos hostil, retuvieron la primera imagen de una culebra asociada con el agua y generadora de vida reforzada por el concepto muy similar que tenían grupos «vecinos» de las llanuras orientales justificada por la real presencia de la gran culebra.

Bibliografía citada

Burgess, Warren E. 1989. *An Atlas of Freshwater and Marine Catfishes*. TFH Publications.

Dahl, George. 1971. *Los peces del norte de Colombia*. Ministerio de Agricultura. Instituto de los Recursos Naturales Renovables. INDERENA. Bogotá.

Dullman, William. 1979. *The South America Herpetofauna: its origin, evolution and dispersal*. *Museum of Natural History*. The University of Kansas, N°7.

Dunn, E.R. 1944. *Anfibios y reptiles de Colombia*, III. En: *Caldasia*. Vol III, N° 12.

Legast, Anne. 1987. *El animal en el mundo mítico tairona*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá.

Legast, Anne. 1995. *La fauna muisca*. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá. Sin publicar.

Mariño, J.B., R. Jiménez y T. Roelens. 1994. *El Canto de los peces. Los seres del agua en la mitología y la vida cotidiana de los indígenas sikuani del Vichada*. T. Roelens (Ed).

Ortiz G., Francisco. 1982. *Literatura oral Sikuani*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. La Rana y el Aguila. Tunja.

Osborn, Ann. 1995. *Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los U'wa*. Museo del Oro - Banco de la República. Bogotá.

Queixalos, Francisco. 1991. *Entre cantos y llantos, tradición oral sikuani*. Etnollano. Santafé de Bogotá.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1985. Los kogi, una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. T.I y II. *Procultura*. Bogotá.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1986. *Desana, simbolismo de los indios Tukano del Vaupés*. Procultura, Bogotá.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1988. *Orfebrería y chamanismo. Estudio iconográfico de las colecciones del Museo del Oro*. Banco de la República. Bogotá.

Simón, Fray Pedro. /1625/ 1981. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.

Simón, Fray Pedro. 1986. *Vida íntima de los animales de América del Sur*. Vol. 12. Auriga. Madrid.

Cómo citar este artículo

LEGAST, Anne. 2000. La figura serpentiforme en la iconografía muisca. Boletín del Museo del Oro, No. 46. Enero.
<http://www.banrep.gov.co/museo/boletin>
<<http://www.banrep.gov.co/museo/boletin>>